
DOLORES DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.

DISCURSO II.

Tuam ipsius animam pertransibit gladius.

Vuestra alma será traspasada como con una espada.

(Luc. II, 35.)

María, carísimos hermanos, había sido asociada á los laboriosos y prolongados preparativos por los cuales se disponía el Salvador al último sacrificio. Llegado el momento, la Virgen inmaculada no ha podido separarse de Jesús. Una íntima alianza unía el corazón de la Madre al corazón del Hijo, y los mismos dolores, al pié de la cruz, debían asociarlos para la consumación de la grande obra de la redención divina.

El Evangelista, hermanos míos, no nos dice nada de los dolores de la Santísima Virgen, y se puede creer que nada nos dice de ellos porque no podía explicarlos. Los dolores pequeños hablan, los grandes se callan. Convenía, pues, que el Evangelio callase. Sin embargo, una sola palabra, como escapada al historiador sagrado, nos dice bastante para que pueda presentaros en esta meditación algunas consideraciones de edificación cristiana. Estas únicas palabras son las siguientes: «La Madre de Jesús estaba en pié cerca de la cruz de su Hijo.» Estas palabras, hermanos míos, encierran profundas enseñanzas. Voy á procurar explicarlas brevemente.

Los dolores de María son dignos de Ella, dignos del Hijo, dignos de Dios, dignos del alto fin que se proponía: veremos, en primer lugar, su dignidad. Los dolores de María son fuertes, constantes, generosos: veremos su generosidad. Los dolores de María no son vanos y estériles; son fecundos, producen frutos abundantes: veremos su fecundidad. La dignidad, la generosidad, la fecundidad de los dolores

de María son, hermanos míos, en mi concepto, muy propios para edificarnos. Invoquemos ahora á la Madre de los Dolores. A. M.

Tiene el dolor, hermanos míos, según el comun sentir, cierta cosa grave y elevada; y nosotros sabemos, por lo que decía Bossuet, que la desgracia y el dolor añaden á la grandeza más sublime un no sé qué de elevado y perfecto. Si nosotros honramos espontáneamente el dolor es, porque el corazón del hombre se inclina ante la majestad del infortunio. Pero, si hay sufrimientos dignos de respeto, si ha habido jamás en la tierra alguna cosa elevada y sublime en el dolor, es, seguramente, el espectáculo que nos ofrece el Calvario. María está en pié junto á la cruz de su Hijo. ¿Quién es, pues, esa Mujer, que está allí en pié, representando, por decirlo así, la creación entera, sosteniendo, por decirlo así, con su Hijo, con el hombre Dios, el Redentor, el esfuerzo de la lucha y de la última agonía? ¿Quién es esa Mujer? Los profetas la habían anunciado. Ella debía pisar la cabeza de la serpiente, y en vez de ser pecadora, presentar la imagen de la Madre inocente y reparadora. No hay en Ella una mancha, ni siquiera la sombra de una mancha. No hay en Ella ninguna imperfección, ningún defecto. ¡Oh Virgen santísima! vuestro corazón es puro como el Cielo, elevado sobre los ángeles y los serafines, mansion preparada para el Altísimo por sus propias manos. Cristianos, hermanos míos, aquí se presenta todo cuanto la imaginación, el genio, la fé y la piedad, la veneración, todos los sentimientos, que son la adoración misma debida á Dios solo, pueden figurarse. Pues bien; yo no os doy en estas pocas palabras más que una idea muy lijera, muy miserable de la sublimidad, de la perfección de esa Mujer. Ella estaba condenada al dolor, al sufrimiento, á la ignominia, á la oscuridad. ¿Y por qué? La inocencia, la santidad perfecta, el mejor modelo, el más sublime que puede ofrecerse á la tierra después del Hijo de Dios, el dolor y la ignominia, las torturas, la agonía: hé ahí su patrimonio. ¡Ah! Dios no halló para honrar á su Hijo, para honrar á su Madre, nada más grande que el sufrimiento y la humillación. Hé ahí, hermanos míos, esa dignidad del dolor asociada á la virtud, á la santidad, á la perfección más sublime; hé ahí cómo piensa Dios, y no cómo piensan los hombres.

Vedla, pues, á esa Virgen. ¡Con qué gozo contemplo en su amor la dignidad del sufrimiento! Dignidad, sí, dignidad y amor. Ella es madre, y la maternidad es una gran dignidad en este mundo. Ella es madre, y ¡qué madre! Y ¡qué hijo! En verdad, hermanos, que no in-

tentaré yo hablar ante vosotros del amor maternal y de sus virtudes; solo balbucearé algunas palabras: vuestros corazones saben lo demás. Pero vosotros me comprendereis cuando os diga, que aquí abajo, en medio del espectáculo de los dolores que el mundo nos ofrece, nada hay más digno, más alto, más noble, más venerable que los dolores de una madre. Pues bien: ved á María junto á la cruz de su Hijo, llorando y abismada en su dolor. Decidme: ¿hay dignidad comparable á la suya? Los ultrajes, las blasfemias, los insultos, el ódio encarnizado persiguen á su Hijo hasta la agonía. El Cielo lo abandona, y se queja á su Padre de este abandono en el cual languidece y gime. Su alma siente todas las angustias de la agonía, la debilidad, la repugnancia, el horror. Porque Él ha querido esta enfermedad vosotros no lo ignorais. Pues bien; allí está su Madre en pié; ¡cuánto ha debido Ella sufrir! Pero ¡con cuánta dignidad sufre! ¡Cómo sabe elevarse sobre los sentimientos que no pertrecen más que á su propia personalidad! ¡Ah! María no se compadece de sí misma, no se aflige ni gime por sus propios dolores: hermanos míos, vuestra fé y vuestra piedad os lo han revelado ya.

Si yo quiero penetrar en ese corazón, si quiero darme cuenta de los sentimientos de tan digno y grande dolor, necesito interrogar al corazón del mismo Dios, al corazón del Salvador y á los admirables designios de su justicia y misericordia. María fué íntimamente unida al sacrificio de su Hijo. Ahora bien; ¿cuáles son los dolores del Hijo de María? ¿Cuáles los sentimientos que oprimían en aquel momento el corazón de Jesús? ¡Ah! sin duda se ve agotado por su propio dolor, por las torturas que ha sufrido; sin duda siente todas las amarguras del desprecio, el ultraje y el insulto. Sí; pero no es esta la verdadera causa de su dolor, de su agonía ni de su muerte; son nuestros pecados, hermanos míos, nuestras iniquidades, nuestras ingraticudes, nuestra indiferencia, nuestra impiedad comun. Por esto ha sufrido Jesucristo; por esto se ha levantado esta cruz entre el cielo y la tierra; por esto ha sido plantada en el Calvario y regada con sangre divina. Y bien; en este momento, María, iluminada con toda la claridad de la verdad divina; María, asociándose á esta obra de reparación y de redención; María sufre: su dolor es como un océano inmenso. En este instante, el espectáculo del diluvio de las iniquidades mundanas se presenta al corazón de María. Olas amenazadoras son; Ella las ve levantarse contra el Cielo; contra la autoridad y la justicia de su Hijo; contra su bondad y su misericordia; contra su Evangelio, su Iglesia, sus sacramentos y su gracia; Ella ha visto alzarse rebela-

das todas las pasiones humanas, el orgullo, la pureza, la lujuria, el amor desenfrenado de los placeres, la inclinacion, en cierto modo, irresistible para el mundo hácia sus intereses materiales, hácia los bienes temporales que nos devora en la actualidad; Ella ha visto, contado y medido todo, sentido todo; y Ella también conoce lo que merece Dios, lo que merece el sacrificio de su Hijo, lo que esta sangre reparadora exige del mundo. Ella ha conocido y recorrido todas las horas, todos los días de los siglos que habían comenzado con el mundo y que siguen todavía su rápido curso; y Ella misma lleva en su corazón, junto á aquella cruz, en pié como Ella, esotra cruz de las iniquidades acumuladas; y bajo tan grave carga ella no sucumbe, nó; ¡Ella permanece en pié! su dolor iguala á los ultrajes y ofensas hechas á la majestad divina. Pero, para dicha vuestra, para vuestro consuelo, para vuestra salvacion, Ella no ha sucumbido bajo el enorme peso, y ahí es donde yo descubro su fortaleza y su generosidad.

Ella aceptó voluntariamente esa mision que le fué confiada. Unida, asociada á su Hijo, Ella misma conoció las iniquidades del mundo. Corredentora Ella misma, ruega, se sacrifica é inmola su vida. ¡Oh Virgen santísima! yo os saludo, yo os venero. Sí; ahora comprendo por qué sois Vos nuestra vida, nuestra dulzura, nuestra esperanza y nuestra salvacion. ¡Oh María! al pié de esa cruz, en la hora solemne del sacrificio y de la reparacion de vuestro Hijo, Vos misma habeis llorado nuestras iniquidades; Vos misma las habeis expiado; Vos misma habeis ofrecido vuestra vida en holocausto; Vos misma habeis aceptado todos los dolores; Vos misma habeis acercado á vuestros lábios el cáliz de amargura. ¡Oh María, oh Virgen! bendita seais.

Vosotros que me escuchais, pecadores quizá todavía endurecidos, almas afligidas que gemís entre los lazos del pecado, consolaos, tranquilizaos; junto á esa cruz, en pié, sin doblarse, sin sucumbir bajo el peso del dolor, María se ha inmolido, ha rogado por vosotros. Su fortaleza, su generosidad, su abnegacion no se han desmentido un solo instante. Ahora aprended, hermanos, con este ejemplo, con tal enseñanza, cual debe ser vuestro dolor. ¡Ah! ¡tened cuidado! En este mundo hay aflicciones, y aflicciones incesantes. Pero permitidme preguntaros, si las causas de vuestros dolores son siempre dignas de vuestra fé, dignas del fin generoso que debeis proponeros. ¡Cómo! Yo os veo tristes, afligidos: quizá la fortuna no os ha sido propicia; quizá lo presente ha turbado vuestras esperanzas. No quiero yo decir que no sea eso triste y afflictivo; pero permitidme preguntaros á

vosotros, cristianos, á vosotros, hijos de María, de esa Madre desolada, si destinados como estais para el Cielo, los bienes de la tierra lo son todo para vosotros, si son estos los bienes que os deben preocupar incesantemente; si vuestros pesares deben renovarse y persistir por tales motivos; si debéis fijaros siempre en semejante cálculos, en las aprensiones concernientes á los bienes terrenales. ¡Cristianos! levantaos. Hijos destinados á la gloria, á la herencia del Cielo, no lloreis por las herencias de la tierra. O por lo ménos, sabed consolaros, y como María, permaneced en pié pensando en la vida que os aguarda. Yo no condeno vuestras lágrimas, yo no condeno vuestros recuerdos; pero lo que os doy, lo que teneis tambien en vuestros corazones, lo que el Señor ha depositado en vuestras almas, es la esperanza cristiana, la certidumbre de una resurreccion futura, la esperanza de una union en la pátria que no ha de acabar jamás, en aquella familia que nunca se ha de dividir. Así, hermanos míos, preciso es tolerar que se os aliente en vuestras tribulaciones y dolores, que se os anime con la esperanza cristiana; y tened presente, que no hay cosa más indigna de un alma cristiana que el desaliento y la desesperacion.

Contemplad la esperanza de María, su constancia, su generosidad. Si; vuestra fé debe repetiroslo siempre; despues de la enseñanza del Calvario, despues de los dolores de la Madre de Dios al pié de la cruz, vuestra fé debe repetiroslo frecuentemente, que en la tierra, forzoso es decirlo, solo hay un mal, uno no más, un solo verdadero dolor, el de haber ofendido á Dios. Cuando no sois culpables, ó cuando os habeis arrepentido sinceramente; cuando llevais la justicia en el fondo de vuestra alma, ¿qué importan las enfermedades ni los martirios? ¡Cómo! cristianos, llevais á Dios en el fondo de vuestro corazon, el Espíritu Santo habita dentro de vosotros como en un templo. ¡Cómo! alimentais la esperanza inmortal, y ¿desfalleceriais ante el temor de algunos dolores? ¿Es eso digno, generoso, ni esforzado? ¡Bien! pues sabed sufrir, recordando la abnegacion, la dignidad, la fuerza y la generosidad de los dolores de María. Aún tenemos, hermanos míos, otro motivo grande de consuelo y de confianza en la contemplacion de los dolores de la Madre de Dios, á saber, que sus dolores no son estériles. Hablemos de su fecundidad.

El nacimiento de Jesús en Belén habia sido, como sabeis, un nacimiento milagroso y sin dolor; María no habia sido sometida, no podia ser sometida á la sentencia pronunciada contra la primera de las madres: Jesús vino al mundo, y en aquel momento, María no sintió más que alegría. Los ángeles celebraron con cánticos la venida de

Aquel que era esperado; pero muy pronto la profecía del anciano Simeon vino á anunciar á María, que una espada traspasaría su alma. Desde aquel instante, desde el momento de la Presentacion en el Templo, toda la vida de María, como la de su divino Hijo, solo fué un sacrificio permanente y una cruz anticipada. Cuando llega el sacrificio del hombre Dios, comienza lo que debemos llamar un parto laborioso, pero admirablemente fecundo. María era ya, sin duda, la Madre de Dios; este título le pertenecía, y no podia ser separado de Ella: su Hijo era Dios, Ella lo habia concebido y dado á luz; Ella era verdaderamente su Madre, y bajo este concepto, no podia adquirir más gracia ni dignidad. Empero, en el momento en que vá á consumarse el sacrificio de Jesucristo, entónces, por decirlo así, la Maternidad divina va á reivindicar una de sus más gloriosas prerogativas. Vosotros lo sabeis, y los santos Padres nos han explicado de esta manera la venida del arcángel Gabriel á la casa de Nazareth; vosotros sabeis, que en los consejos de la santísima Trinidad, el consentimiento de María, de la Virgen humilde y oculta en Nazareth, era necesario para la encarnacion del Hijo de Dios; á lo ménos, en los consejos divinos habia sido decretado, que este consentimiento fuese pedido. Despues de la embajada del arcángel, despues que hubo éste ejecutado su mision, por la intencion de María, por el FIAT que ella pronuncia, semejante á la palabra de la primera creacion, la redencion del mundo se verifica. Pues bien; hermanos míos, los Padres de la Iglesia, alumbrados por la misma luz, siguiendo siempre las huellas preciosas de la tradicion, sin abandonarla jamás, nos han presentado á María en el Calvario ejerciendo aún los derechos de Madre, y en el momento del sacrificio, preguntándose á sí misma, en el fondo de su corazon, si debia inmolarlo, si debia ofrecer voluntariamente por los pecados del mundo á Aquel que se entregaba por sí mismo. Así, cristianos, levantad vuestros pensamientos hasta los mismos consejos eternos. María está allí en pié, junto á la cruz; Jesús vá á morir muy pronto; sin embargo, parece que aún tiene la sangre en sus venas, que su vida está en suspenso... ¿Qué sucede, pues? ¿No es María la Madre de este Hijo? ¿Este Hijo no le pertenece? ¿No es preciso que el Cielo pida á esta Madre, tan dignamente asociada á la obra de la redencion, su consentimiento para esta muerte? ¡Oh! cierto, hermanos míos, que yo no diré nunca, que Dios depende de la voluntad de la criatura, por privilegiada y alta que sea esta criatura; pero yo me complazco en ver en esta asociacion libre y espontánea de María en el sacrificio de su Hijo, el ejer-

cicio más elevado, el más noble, el más legítimo de la Maternidad divina.

¿Comprendeis ahora cómo María os dá por segunda vez su vida, cómo os la dá á todos vosotros verdaderamente en el Calvario; cómo vá á merecer este nombre de Madre vuestra, que el Señor le dará recomendándola al discípulo querido? Pues bien, sí; es preciso el consentimiento de su alma; es precisa su voluntad maternal; se necesita que María sea el sacrificador. Abrahán recibió esta orden, y subió á la colina con la leña para el sacrificio; Dios le había ordenado que inmolara á su hijo Isaac; y si satisfecho de su obediencia, Dios detiene el brazo de su servidor, es porque quería representar de antemano este sacrificio real y verdadero, y esta obediencia que reclamaría un día de María. Sí; María es en esta ocasion como el gran sacerdote de la redencion, colocada debajo de su Hijo, que es el sumo Pontífice. Ella lo inmola, Ella lo hace su víctima; sí: Ella dá su Hijo, dá su sangre, la sangre que Ella formó con lo más puro de su corazon. No vacila su voluntad un solo instante. Ella muere, su alma está destrozada; Ella siente el dolor más agudo y penetrante; Dios le pide su Hijo para ingratos, blasfemadores, perjuros, para los mismos réprobos, puesto que Jesucristo murió absolutamente para todos; pues bien, María, por los pecadores, los blasfemos, los impíos, por todas las almas que maldecirán á su Hijo, por todos aquellos que en el curso de los siglos ultrajarán á su Padre que está en los Cielos, María lo dá, lo entrega, lo abandona, lo inmola, lo sacrifica, inmolándose y sacrificándose Ella misma.

¡Cristianos! ved la Madre de un Dios, y ved á vuestra Madre. Así, entendedlo bien; en este laborioso parto del Calvario, en estos dolores debemos reconocer la fecundidad maravillosa de María, nuestra Madre. ¿Somos nosotros sus hijos? ¿Nos ha adquirido con justo título? Decidme: ¿le pertenecemos! Y cuando el Salvador nos dice en la persona de su discípulo predilecto: «Hé aquí tu Madre,» sabemos nosotros la razon de ello. María ha inmolado á su Hijo, lo ha sacrificado; así nos ha dado la verdadera gracia de la salvacion; Ella se ha asociado, por medio de una alianza íntima, necesaria, á la redencion del mundo. ¡Oh hermanos míos! sabed, pues, porque la Iglesia nos invita sin cesar á tributar nuestros homenajes á la Madre de Dios; sabed, pues, porque en todas partes se levantan templos magníficos para rendirla culto; sabed, pues, porque las poblaciones fieles se precipitan hácia los santuarios donde es particularmente venerada; sabed, pues, porque su nombre fué siempre un signo de victoria y de

triunfo en la Iglesia; sabed, pues, porque le dirigimos incesantes súplicas; sabed, pues, porque nuestro apostolado está bajo su proteccion; sabed, pues, porque la invocamos como á Madre de toda esperanza. ¡Ah! es porque en el Calvario, bañada con la sangre de su Hijo, nos restituyó á todos la vida; allí se hizo nuestra Madre; allí nos regeneró y humedeció con la sangre divina. ¡Oh dolores benditos, oh dolores verdaderamente fecundos, oh fecundidad de la Madre de Dios! yo os venero y os amo. ¡Ah! si alguna vez, en esta triste carrera, en medio del flujo y del reflujo de las pasiones humanas, mi alma vacila, si mi corazon tiembla en alguna hora terrible, ya sabré á quién debo recurrir. ¡Ah! si me parece alguna vez demasiado duro y pesado el deber, si gimo bajo la carga, si la cruz me abruma, ¡oh María, oh Madre mia! yo me acordaré de vuestros fecundos dolores. Yo me acordaré de esta palabra salida de la misma boca del Salvador, «¡Hé aquí vuestra Madre!»

Hermanos míos, hé ahí vuestras razones de esperanza; hé ahí nuestros motivos para confiar. Yo os pregunto: ¿qué quereis que Dios rehuse á su Madre? ¿Por qué esta Mujer, esta Virgen inmaculada fué ensalzada á tan alto grado de honor; por qué fué asociada por íntimos lazos á la encarnacion del Verbo y á la grande obra de la redencion, sinó para ofrecer á las almas un consuelo y un refugio? Nosotros tenemos necesidad de consuelo y de apoyo; nosotros somos débiles, estamos enfermos, y muy frecuentemente llenos de desaliento. ¡Oh! ¡qué de obstáculos, qué de tentaciones, qué de dificultades, qué de opresiones, qué de desgracias, qué de tinieblas en esta vida! Para tranquilizarnos, Señor, habeis tenido la bondad de darnos una Madre. En su corazon no hay nada que asuste ni aterre; no busquemos en él la justicia: María no nos juzgará. ¡No; no! Ella no juzgará, no condenará jamás. Ella ha estado en pié junto al Calvario solo para bendecirnos y salvarnos; Ella es la Madre de la misericordia y del amor. Cristianos, esperad en María, y sea un remedio para vuestros males el recuerdo de sus dolores y su compasion.

No consumais vuestras horas y vuestros dias en pensamientos que os agobien y aflijan sin fruto. Vosotros gemireis, vosotros llorareis, vosotros tropezareis con obstáculos; el pecado os hará sufrir. Pues bien; acordaos que el corazon, que la mano compasiva de María, de María sacrificada por vosotros en el Calvario, no os abandonarán jamás. No os dejeis pues abatir, no os desanimeis. Sabed esperar en la cruz de Jesucristo: esperad tambien en los dolores de su Madre, y sereis bendecidos.